LADISLAO GRYCH

PAZ Y AMOR ⁽¹²⁾

Felices los que siembran paz y amor.

El ensayo nace en Blanquillo, en julio del año pasado, donde estoy por las Fiestas Patronales; en noviembre, continuo la parte sobre la paz y luego, cuando regreso a Sarandí del Yí, al finalizar la recorrida por las Fiestas Navideñas, me urge concluirlo; los últimos días del año dedico al texto, y lo termino cuando ya estamos en el año 1994, el primero de enero; entonces, doy gracias al Señor por este escrito.

PREFACIO

La evocación: Paz y Bien anticipa una gran corriente de la espiritualidad en la Iglesia; y sigue como una gracia en un largo período desde san Francisco hasta nuestros días; así estamos en medio de un lenguaje próximo al Evangelio en nuestros tiempos.

La Palabra juega un rol importante, por detrás de ella está la vida que la lleva, aún viene el Viento del Espíritu.

La Palabra aparece como una estrella para poder hundirse en los horizontes; y si una vez vuelve, otras veces deja la nostalgia; entonces, Paz y Bien, que ha dado tantos frutos, va a seguir ofreciéndolos, pues se identifica con un sector de la vida muy rica en la Iglesia.

¿Por qué Paz y Amor?

Me pareció una expresión cercana al Evangelio en nuestro tiempo, aún comprensible e inquietante; no es sólo agregar el amor a la palabra paz, sino que el contexto les da un nuevo sentido, la unión entre la paz y el amor se proyecta aún más honda.

Si intuimos la paz en medio del clima del amor, es como si el Señor obrase de un modo más profundo; lo vemos a san Francisco, con su Paz y Bien, y tenemos en cuenta aquel contexto histórico con su apertura hacia el Evangelio.

Francisco viene del Evangelio para llegar a la vida, y Jesús entra en la Vivencia de aquel tiempo, brindándole su Vida; pero la plena comprensión del Evangelio no debe quedarse limitada por lo que vive la humanidad en aquel tiempo; en fin, las circunstancias no pueden condicionar al Evangelio y por qué no decir, al mismo Jesús.

Si el Evangelio es el mismo, a la vez, se proyecta como un gran árbol que sigue creciendo, mientras que la humanidad se prepara para poder comprenderlo cada vez mejor.

La grandeza del Evangelio consiste en descubrir su valor

abierto a todos los sectores de la vida; al estar escrito para todos los tiempos, en algún momento, se abre aún más. Presentí que la evocación Paz y Amor repercutiría mucho en nuestro tiempo; y aún más, con sólo anunciarlo, estaría proyectándose en abundancia; por eso, elegí Paz y Amor.

Solemnidad de Santa María, Madre de Dios,
1 de enero de 1994.

1. PAZ Y AMOR

a. ES UNA MISIÓN

Tengo presente el Proyecto de Jesús hacia el mundo; viene de un Corazón pleno del Señor.

Me doy cuenta de que las palabras: Paz y Amor proyectan el Evangelio; las dos expresan su fuerza en un mundo que busca al Señor; pues, vivir el Evangelio es anunciar paz y amor a toda persona, en todas las circunstancias.

Aún alguien podría preguntar si con eso alcanza; y con esa inquietud, Jesús inicia su Obra, nos prepara para la misión.

¿Qué sería de mi vida, si pudiese llevar paz y amor, siendo un recipiente del Señor?

¿Qué significaría mi presencia en medio de los hermanos, cómo encontraría el lenguaje para ellos?

¿Podría llegar a la profundidad de sus existencias, siendo un fermento de paz y de amor en sus corazones?

Me detengo para pensar cómo llegar al mundo, mientras el Señor obra en mis hermanos que hallo cada día, sin ir lejos ni soñar en los países lejanos; aquí, están los que esperan paz y buscan a quien los ame por la gracia del Señor.

No quisiese confundirme en mi misión, ni en actitudes que ofrezco cada día, al Señor, a los hermanos.

Me gustaría convencerme de que toda la misión vale tanto, cuánta paz y cuánto amor sé dar, que se despiertan en mi corazón.

Son como el agua que mana; no se pierden, si entran en la vida de mis hermanos, mientras voy renovándome; pues el Señor ha hecho de mí una fuente de paz y amor.

Y mi vida vale tanto, cuánta paz y cuánto amor sé dar.

Si lo que hago, expresa paz y amor, ya viene del Padre que alimenta a los que lo reciben; ya comienza lo nuevo en la

vida de los hermanos.

Nada se pierde; sólo debo saber que todo tiene su tiempo; en medio de la paz y del amor está la Obra del Señor en el tiempo suyo.

Vivencio la paz y el amor que el Señor siembra en mí; a la vez, Él me pone ante mis hermanos; veo cómo se inicia su obra, más allá de mi comprensión.

Y los que reciben paz y amor, en el principio, no lo saben discernir bien; pero presienten un cambio que los asombra.

¿Con qué comparamos paz y amor?

Son como una brisa o rayos que llegan tiernamente.

Un aire para poder vivir, en un mundo de tantos problemas y cosas ajenas a la obra del Señor.

Un clima para que rebrote una verdadera vida.

El clima de Jesús para el reencuentro y el crecimiento.

Y Él viene del Padre que lo envía para este mundo.

No hay otro clima igual, para poder crecer; pero el Señor aún desea que lo hallemos en medio de los hermanos; por eso, nació entre ellos, trayéndoles paz y amor.

b. ME INUNDASTE, SEÑOR

¿Cuánto tiempo tardas Señor, para hacerme vibrar con tu paz y tu amor en mi corazón encerrado?

¿A cuántas cosas has vencido en el tiempo tuyo?

Hoy, ni siquiera recuerdo ese camino que recorrí, cuando ibas obrando, moldeando mi interior.

Mi vida se resistía y te enfrentaba, y Tú, con tu paciencia divina, ibas moldeándola hasta lograr que mi corazón, que desea ser tuyo, empezase a vibrar con tu paz y tu amor.

¿Qué puedo decir de aquel tiempo, de tu paz y tu amor que me llegaban? No sé cómo hablar de mí; pues de veras, no

me entendí, ni mi realidad que tú ibas cambiando.
Me sorprendías, al ver lo tuyo en mí, me asombrabas.
¿Y yo, qué podía hacer?; ni siquiera supe agradecerte; y
no supe ver la grandeza del Señor en mi vida.
Es que tú, Jesús, obras de este modo, y yo apenas intento
entregar mi vida para darte la libertad.
Siempre has sido muy grande para mí, a pesar de que, por
un tiempo, fuiste casi desconocido y tu obra ignorada.

Un día, me inundaste con tu amor y con tu paz.
Fue un día como cualquiera, pero en mi vida fue éste.
Me miraste, entraste en mi corazón; y lo sentí como una
ternura muy extraña.
Fuiste tú, Señor, en la mirada de mi hermano.
Mientras él me miraba con la profundidad de tu Corazón,
te presentía que estabas en mí.

¡Cómo eres, Jesús!
Para poder llegar a mi vida, buscaste a mi hermano, y con
su mirada quisiste llegar a mi corazón; por eso, llegaste a
las profundidades.
Te descubrí, porque mi hermano me miraba como tú.
Yo iba soñando en tu mirada; me despertaba con el deseo
de verte, quería sentir tu mirada de paz y de amor, y que
envolvieses mi vida. Pero aún no te encontraba por mucho
tiempo, hasta que llegó mi hermano; en sus ojos y en su
corazón estabas presente; estoy seguro.

Tu mirada fue tan fuerte que me penetraba.
No me olvido jamás de ella, ¡cómo olvidarla!
Tampoco quiero perderla; desde aquel entonces, comencé
a respirar; es que inició algo que no terminaba.
Luego sentí como si estuvieses siguiendo mis pasos.
Siempre estaban tu paz y tu amor, y tu luz, para llegar a mi
mundo oscuro.

Hoy, si es que muchas de mis realidades están iluminadas,
cuando descubro lo nuevo, es para que lo llenes con tu luz,
dándole un verdadero sentido.

Tu paz y amor me van envolviendo cada vez más.

2. PAZ A LOS HOMBRES

a. LLEGÓ A BELÉN

Vienen los ángeles del Cielo, donde Jesús nace.
Cantan la gloria del Señor en las alturas, y la paz a los
hombres amados por Él.
Quien no escucha el Canto, es porque no quiere oírlo; y
con esta voz, viene la paz al mundo.

Mientras llega la paz, el Señor entra en la tierra.
Con la paz, Él viene a nuestras vidas.
En realidad, aún no podríamos vivenciarla plenamente, si
la viésemos lejos del Señor; sería como vivir aquel tiempo
antes del Nacimiento de Jesús.

Por mucho tiempo, el hombre se conforma con cierta paz,
halla su modo de vivir, y la vida sigue en su cauce.
Pero le viene la hora de buscar al Señor, porque lo que le
servía al hombre, es insuficiente.
Ahora, aún en medio de su limitación, se le abre el espacio
para el Señor.
Entonces, Él viene para salvarnos trayendo paz; Él mismo
es la paz para nuestras vidas.

Llega la paz a nuestro mundo, porque el Señor viene.
Mientras los ángeles cantan, todo el mundo duerme.
Ellos comprenden el acontecimiento: ya nace Jesús, la paz
para los hombres, no obstante, en la oscuridad de la noche.

La paz viene como creciendo desde una semilla perdida en
la oscuridad de la tierra.
¿Quién habla entonces, de su crecimiento?
¿Y cuando brota, los que la ven, se alegran de la vida?
¿Quién sabe verla antes de que ella crezca?

Son muy pocos los que comprenden ese tiempo en la vida de la semilla de la paz.

María, Madre Virgen lleva la Semilla.

La esconde contra los vientos del mundo sin paz.

Como Tierra del Señor contempla aquel tiempo, cuando el Padre siembra la Semilla de su Hijo.

Tiene la gracia de ver su primer instante en el mundo.

¡Tierra de la paz del Señor, Tierra tierna para la hora hasta que pueda brotar la Vida!

Hoy, contempla el Nuevo Brote, el Nacimiento de su Hijo del Padre; y ve la Obra del Espíritu del Señor.

¡Y cómo podría recordar la hora de tu paz, Señor, cuando siembras en mí, antes de que tome la noción de tu obra en mí tierra sin agua!

Si puedo ver algo de aquella obra tuya, es porque la paz me permite volver al pasado, a revivirlo a la luz del Señor, ya agradecido y feliz.

Vuelvo al nacimiento de Jesús, a la paz; es como volver en mí, a Jesús que viene.

Él nace casi a escondidas de mi vida; es como si hubiese venido sin mi consentimiento.

Y hay otro tiempo; allí está María en el anuncio; antes de que yo pueda decir que sí, Ella está.

Quiero saludarla por aquel momento perdido para mí, hoy recuperado.

No sé qué sería de mi vida, si el Señor no llegase; si Él no estuviese tras la paz que recibí en aquel tiempo oscuro, aún cuando no tomaba conciencia de mi realidad.

Pues Él obra más allá de mi percepción; si bien, en algún momento, empecé a pedirle, Él había obrado mucho antes, al prever ese tiempo de mis urgencias, esperándome.

Hoy, puedo decir que la paz intuye al Señor; que Él está en la paz, y percibo que el Señor envuelve mi vida.

¿Qué es lo que presiento cuando hablo de la paz?; es la Vida del Señor.

Por un tiempo no me atrevía a decirlo, pero es cierto que, si tengo paz, el Señor vive en mí.

El Nacimiento es el anuncio de la paz; luego, la misma irá creciendo, mientras el Señor seguirá entrando más aún.

b. ESTÁN BAJANDO LOS MENSAJEROS

Los mensajeros ya bajan de la Montaña; llevan la paz a los pueblos; el Señor los envía al mundo.

¡Qué hermoso es verlos!; son como antorchas.

La santa Montaña está iluminada; ellos van bajando en la oscuridad del mundo; llevan la luz del Señor a los pueblos.

La luz es más clara aún, porque la oscuridad es grande.

Los mensajeros van bajando lentamente, miran lejos.

El Señor marca los caminos en los tiempos.

La misión es grande, ¿quién la comprendería?

Los hombres desean recibir un poco de luz en medio de la oscuridad; pero no es ésa la misión; el Señor quiere que su luz resplandezca plena.

Hoy está llevada con sus pequeñas antorchas, pero mañana prenderá el Fuego y será muy grande adonde lo dejen los mensajeros, si son recibidos.

De repente, aparecen otros como despiertos; y se levantan con las antorchas prendidas, ya están por todos lados.

Quien no los ve es porque está ciego.

¿Quiénes son ellos?

Y están con la luz prendida en la Montaña del Señor.

Los pueblos, como si escuchasen las trompetas.

Hay alguien que les anuncia la paz; una voz como si fuese de los ángeles que traen la noticia.
La paz sigue llegando al mundo; el Señor quiere descender de la Montaña.

Voy viendo lo que llega del Señor; el mundo se despierta en plena noche; esta Voz llega a su oído.
Me pregunto: ¿dónde estoy yo, de qué parte?
¡Cómo quisiese llevar la luz, en la solemne procesión a los pueblos! Y en este instante, alguien se acerca, me entrega una antorcha y me dice: camina; entonces, voy bajando.

Entonces, empiezo a recorrer con la luz del Señor; gozo de la gracia, al llevar luz a mis hermanos, y mi corazón arde.
Pero, ¿quién ha despertado el fuego dentro de mí?
Es del Señor, más allá de mi deseo; y soy quien lo recibe antes de buscarlo.
Si llevo la luz del Señor, mi corazón es un recipiente.

Tu gracia, Señor, me lleva hacia el pueblo.
Veo lo que quieres hacer, lo presiento en mi corazón.
Es grande lo que veo; tu presencia me inunda.
Haces luz de mi vida, para llevarla por el mundo.
Entonces, ¿por dónde me llevarás?; Tú lo sabes.
Estoy feliz y no necesito saber más.

c. A CADA PUEBLO, A CADA CORAZÓN

Jesús envía a sus discípulos; les dice que lleven paz a cada hogar, a cada pueblo; casi no habla de otras cosas.
Es que la paz encierra la misma presencia del Señor.
Él es el principio; en Él, comienza el Reino.

Al ofrecer paz, somos instrumentos de la gracia que viene del Señor.

La fe nos hace llegar a los que buscan paz.
Luego podemos ver que nuestra vida se proyecta como un hilo por donde desciende la presencia del Señor para los hermanos.

Los que tienen fe, ayudan a los hermanos; y ellos reciben de la seguridad fundada en el Señor.
Entonces, ¡qué grande es poder hallarlo en medio de la paz, mientras se alegran los corazones!
Algún día, los hermanos reconocerán a Jesús; será por la paz que necesitan para poder verlo; y nosotros ya seremos testigos del gran encuentro.

La paz de Jesús, tan clara, despierta reacciones.
Aceptamos a Jesús, nos abrimos ante Él, o nos encerramos más aún, rechazándolo.
Los que llevan la paz, una vez son recibidos y otras veces, rechazados; ellos deben aceptar la actitud de los hermanos, y comprenderlos.
El hombre aún tiene su tiempo para responder al Señor; si no le responde de veras, su vida se le complica más aún.

Mientras el Señor nos envuelve con su presencia, la vida experimenta una gran fuerza en su interior.
Entonces, por donde caminamos, llevamos la paz; a la vez, vemos a los hermanos que responden al Señor.
Es por la paz de Jesús, que proyecta los cambios.
Al ser sus testigos, transmitimos la obra a otros hermanos que nos esperan; y Él sigue sembrando en medio de la paz

Entonces, ya no tienen tanta importancia ni el lugar ni el tiempo, ni las cosas que cumplimos, sino que el valor está en la Presencia del Señor en medio de la realidad.
Nos cuesta entenderlo y es sencillo; a veces, nos llevamos por las eficiencias que exteriormente parecen grandes, sin

buscar la paz que cambiase la vida en su interior, y la que permitiese abrir el camino de las transformaciones en el mundo; es que en la paz, está la fuerza del Evangelio vivo.

3. EN MEDIO DE LA TORMENTA

a. LA BARCA DE LOS DISCÍPULOS

Jesús se sorprende, al ver las caras de sus discípulos. Ellos están preocupados en plena tormenta del lago; como el agua ya entra en la barca, despiertan a Jesús; aún saben que Él puede socorrerlos. No obstante, les asombra aún más, la calma del mar; y se preguntan: ¿quién es Él?

Quien duerme en plena tormenta del lago, parece que no es consciente de lo que pasa, o lleva una gran serenidad. ¿Es posible superar la vivencia de desesperación? Sería actuar como lo hizo Jesús. Si pasamos por tiempos tormentosos y no viene la calma, ¿quién nos dará paz para enfrentarlos? Tan sólo el Señor que está más allá de la tormenta.

Jesús es muy grande, tanto a la hora del descanso del mar como cuando dice al mar que se calme; Él no depende de la calma exterior, está más allá de la misma; no obstante, los discípulos deben ver la quietud del mar, para poder comprender a Jesús; luego intuyen su primera calma.

La paz interior es más que una calma en plena mar; puede ser tan grande que hasta asombra. En medio del asombro, nace una nueva calma; viene poco a poco, casi imperceptible. Quien tiene paz, la ve, los demás se sorprenden; pues, hay tanta fuerza del Señor, que viene de la paz interior.

Hay que respetar la seguridad en lo profundo del corazón; más bien, valorar ese tiempo, cultivar la vivencia de la paz que viene del Señor. Si el mundo nos perturba, su influencia es grande; pero, al

estar atentos, experimentamos la salvación, quizás en un tiempo menos esperado.

Y llega la hora de la gran Vivencia; es más fuerte que los vientos que soplan por fuera, porque la vida se sostiene en el espíritu y más aún, en el Señor.

Para muchos parece casi imposible; no obstante, lo sueñan en la profundidad de su ser; y como es un sueño sembrado por el Señor, tiene mucha importancia.

El discípulo sigue el camino hasta hallar la fuerza interior; hasta llegar a la veta de agua en la tierra.

Luego, al abrir el pozo, el agua fluye; es que la vida viene del agua; pero es más grande que el agua.

Aún, el discípulo debe lograr ver la siembra, los brotes, el crecimiento y los frutos del Señor.

La vida debe enfrentar las tormentas, ante todo, las que se esconden, las más dolorosas.

Hay otras que vienen de afuera, sorprenden más aún; pero mientras tanto, la vida se robustece.

Jesús está siempre; como nos ve asustados, pregunta: ¿por qué tienen miedo?

No obstante, el miedo tiene algún sentido, si no perdemos la Presencia de Jesús.

En la vida ya bien encaminada con el Señor, llega la hora de Getsemaní; es para poder iniciar un nuevo sendero que Él tiene previsto; es el tiempo de hasta vernos y sentirnos abandonados por Él.

¿Qué nos queda?; sólo seguir orando.

En algún momento, el Señor nos sostiene para poder salir a enfrentar al mundo, con la paz en el corazón, a pesar de la realidad que se proyecta con la cruz.

b. QUE NO TENGAN MIEDO NI TRISTEZA

Así lo dice Jesús a sus discípulos, en medio de la paz; les dice que no tengan miedo ni tristeza.

¡Qué grande debe ser su paz que sabe superar la vida!

¿Cómo llegar a esa paz?

Quien está con Jesús, recibe lo que Él le ofrece; pero hay que creer en la paz, y que es para nosotros.

¡Qué distinta sería una vida libre del miedo, de la tristeza!

Pero si no nos desprendemos de ellos, la realidad se llena de penas, los acontecimientos pesan; y la vida se proyecta triste y casi nos hunde.

Entonces, ¿cómo enfrentar nuestra realidad?; y es posible, si sabemos que Jesús está en medio de la vida, con su paz verdadera.

El Señor está en medio de la vida aún llena de tormentas; Él es el principio de la Vida que desea expresarse.

La tristeza y el miedo no pertenecen al Señor; y si Él llega a las entrañas de la realidad, enfrenta las esclavitudes y las transforma en un bien; la tristeza se transforma en alegría, y ya no hay más miedo para los hijos del Padre.

No cuesta calcular el peso que llevamos, cómo el miedo y la tristeza trastornan la mente y el corazón; es que atraen la debilidad, se transforman en las vivencias que perturban y llevan a las culpas.

En esa realidad, entra Jesús con su paz; si por un tiempo, la vida parece una tormenta, es porque Él debe enfrentarla en la profundidad de nuestro corazón.

Su Obra es despertar la vida en el espíritu; es la que nace en medio de la realidad que Él enfrenta.

El miedo y la tristeza nos envuelven, se encierra el cielo,

se cortan los horizontes; en medio de una vida oscura, nos cuesta ver el camino en un espacio frío; se nos hace difícil orar, la oración casi no viene; sin embargo, es la hora para enfrentar la vida.

Quien ora, quiere llegar al Sol; aún, si el Señor está lejos, tras las nubes espesas, algún día, nos llega el primer rayo.

Como el cielo está gris, nos fijamos en el viento; miramos los árboles, por si se mueven.

En el viento está nuestra esperanza; a lo mejor, limpiará el cielo, quitará el velo oscuro que nos ahoga.

¡Cuánta paciencia y cuánta esperanza!; toda en medio una vida triste, angustiada.

Pero, ¡cuántas nubes nos envuelven!

Mientras tanto, esperamos la paz; y Jesús está en medio de nosotros.

c. A VIVIR EL PERDÓN PLENAMENTE

Jesús dice a sus discípulos: "la paz esté con ustedes"; y lo repite tres veces; de este modo, graba la gracia del Señor en ellos, antes de que lleven el perdón a los hermanos que encuentren en el camino.

Es imposible vivir el perdón, si aún no está compenetrado con la paz del Señor; tampoco se lo comprende bien, sin vivir la paz de Jesús; y es la que nos llega por medio de los hermanos.

El perdón es esa gracia del Señor que nos supera; y si se expresa en el clima de la paz, es más visible aún.

La Gracia envuelve la vida, y nos abre hacia el perdón.

Quien tiene paz, siembra las aperturas para el Señor; y aún tienen que ver con perdonar de corazón.

En el clima de la paz, es visible lo que la Iglesia encierra en el Sacramento de la Reconciliación.

Es el signo, el misterio de la Presencia del Señor; hay que buscarlo no sólo en la fórmula, sino en las vidas, donde el Señor y la paz se identifican.

Los que viven esa paz, la transmiten; luego ayudan a abrir los corazones para el Señor y su obra del perdón.

Como Jesús entra en las tormentas, con la paz que trae del Padre, los cristianos cumplen la misión ante las vidas de sus hermanos, siendo instrumentos de la paz del Señor.

No sé cuánto tiempo nos lleva para llegar a cierta paz que sería una vivencia que permanece; entonces, al llegar a los hermanos, sabríamos ver la eficiencia en la obra de Jesús.

Quien experimenta la verdadera paz, la defiende y la cuida como las vivencias más importantes.

No es que no tenga guerras ni tormentas, las que también sirven para lograr la paz y la presencia del Señor aún más profundas; y éstas siguen sembrándose por donde el Señor nos haga caminar, en su obra; son las que transforman las vidas.

4. PERDONEN SETENTA VECES SIETE

a. A PERDONAR DE CORAZÓN

Me cuesta perdonar.

El pasado aún permanece en mí, muy hondamente.

Cuando me parece que estoy en paz con lo que he vivido,
de repente, me sorprende.

Mi corazón renace inquieto; las cosas vuelven.

¿Dónde estaban en ese tiempo?

¿Acaso no es que mi corazón las escondía?

¿O hay alguien que las trae y siembra en mí?

Es que, mientras yo sigo distraído, el enemigo no duerme.

Los recuerdos me quedan grabados muy hondo.

Si por un tiempo, se pierden como la onda de una emisora
en un mal tiempo, luego vuelven con otros ruidos.

A la vez, despiertan cierta impaciencia, ciertas búsquedas.

Huimos y queremos volver, como los chicos que molestan
las heridas, y se extrañan cuando sangran.

Es la vida con su dolor, su pena y su misterio.

No sabemos ver hasta qué profundidad llegan las heridas;
y si por un tiempo, se calman, a la vez, se confunden con
la realidad que sigue naciendo.

No sé si es posible lograr que todas las vivencias culminen
en plena paz; y surgen los rebrotes de pena, de tristezas, de
culpas, y los focos que atraen las tormentas no esperadas.

Algunas tierras atraen aún más las tormentas; no obstante,
en el proyecto del Señor, esos focos pueden transformarse
en fuentes de la gracia, de una nueva paz.

El pasado puede transformarse en la fuente de la paz y de
la comprensión, cuando lo recordamos y lo oramos.

En algún momento, se despierta aún el agradecimiento por
la gracia con la cual el Señor nos iba acompañando y más

aún, por su asistencia ignorada por nosotros; y cuando lo descubrimos, se alegrará nuestro corazón.

¿Quién no había pasado cosas que hasta ahora no las sabe aceptar?; ¿quién puede asegurar que lo que ha vivido, sólo le alegra y no hay nada que reprocharse?

La vida es compleja, y no hay sol puro ni pura oscuridad. Es cierto que aún la oscuridad, en algún sentido aporta, si es que buscamos al Señor y le permitimos que la penetre con su Vida, y la transforme por medio de Jesús.

Si lográsemos la comprensión de las actitudes, sabríamos el porqué de la debilidad que nos humilla y avergüenza.

Y ella está como por detrás de la realidad, aún influye en la misma; es que aún hay conexiones como imperceptibles para nosotros, y esos vínculos son muy fuertes.

No es que ya no somos responsables de las actitudes; pero nos cuesta comprenderlas; hasta que no nos pacifiquemos, sufrimos las consecuencias del mal que nos afecta; en fin, lo que nos falta es el Señor, que Él colme nuestro ser.

¿Qué podemos hacer frente a las cosas que llevamos y que aparecen con frecuencia?; ¿qué es lo que las despierta en los momentos menos esperados, para cortar nuestra fiesta?; ¿acaso no es el tiempo de la gracia del Señor?

Pues lo que está en nosotros, algún día debe salir; el Señor suele sacarlo de a pedazos, como una muela que sangra.

Y si esas vivencias aún se envuelven con la oración, con la presencia del Señor en nosotros, algún día, se transforman.

Las vivencias desde un corazón inquieto, aún llevan cierta conexión con lo que vivimos hoy; por eso se despiertan.

O es el tiempo de paz que las abre, a la hora de la gracia.

¡Qué bueno es que resurjan las vivencias que nos duelen, y que la mente y el corazón, por la gracia del Señor, sepan

envolverlas con la oración!

Pues, la Gracia no hace madurar en nuestro interior.

Si hay confusión, es porque hay cosas que enredan; hay un hilo que las une, y ellas aparecen como una red que vamos sacando de lo profundo de nuestro ser; es que, por alguna razón, la mente y el corazón las perciben de ese modo.

No nos apuremos en los juicios, sino más bien, busquemos la Luz; y que el Señor ilumine nuestros pensamientos y sentimientos que, por hoy, están muy confundidos.

Si nos quedamos con los pensamientos que influyen en la realidad, en los hechos y personas, es porque nos penetran muy hondamente. Pero el Señor quiere salvar la vida, aún transformarla en un bien mayor, mientras vivenciamos el cambio que es molesto para nosotros. Y como Jesús nos envuelve con su Presencia, tenemos confianza para hacer ese paso; mientras hallamos la Presencia del Señor, Él nos salva de nuestras culpas, de penas y tristezas.

b. A VENCER LAS CULPAS

Nuestro espíritu es sensible; allí llegan la maldad, el odio, los resentimientos; por eso, no nos quedamos limpios, sino que permanentemente nos sentimos tocados por los hechos y cosas que hieren y perturban.

Cuando nos parece que ya estamos en paz, y la tierra está bajo un cielo azul, con el sol que penetra la vida, aparecen los nubarrones; de las pequeñas manchas lejanas, el viento anuncia las tormentas poco previsibles para nosotros.

La realidad entra en nosotros; y por los espacios abiertos llega a la profundidad para dejar sus cosas, y también la maldad; si nuestro interior está como vacío, con más razón nos llenamos con lo que viene.

Podríamos decir que existe un enfrentamiento, porque un

espíritu débil asume la guerra como retrocediendo a lo más profundo de su ser; allí, si toma la fuerza del Señor, Él sabe protegernos; pero hay que cuidar su Presencia.

Por lo que puede significar para nosotros la influencia del mundo, volvamos a lo que Jesús nos dice sobre el trigo y la cizaña, para ver de qué modo actúa el enemigo.

Por mucho tiempo, no nos damos cuenta de cuánta fuerza nos penetra, la que después insiste en expresarse según su identidad.

La cizaña, al principio, lleva su vida cautelosa, con brotes silenciosos en medio del trigo. Sabemos de su existencia, cuando su vida ahoga a la que deseásemos que creciese.

¡Qué misterio es la maldad que creció en nuestro corazón!

¡Qué difícil es comprender la culpabilidad del hombre!

¡Quién logra ver la maldad en su profundidad!

Mientras no hay respuestas, vale el camino recorrido por el hombre que sigue buscando.

Es misterioso lo que ha pasado en nuestra vida; luego de analizarlo, en fin, logramos dejar la realidad en las manos del Señor.

Las culpas saltan a mis ojos, me persiguen, me asustan; se ríen de mí en las esquinas de las calles pobladas.

A veces, son irónicas y no tienen compasión; hace tiempo que camino con ellas, escondiéndome.

Cruzo las calles por otros lados y ellas salen al encuentro, ni siquiera sé de dónde.

Si estoy luchando, voy peor que antes; ¿qué puedo hacer?

Ya gasté mis fuerzas, mientras ellas siguen incansables.

Cuando ya no sé qué hacer ni dónde esconderme, recién te llamo, Señor, te busco; eres mi último recurso.

Así, vienes a socorrerme, me calmas, y me sostienes en

medio de mis heridas diciéndome palabras de aliento.
Me parece que me comprendes; aún guardas un profundo silencio que es más que un respeto.
No obstante, las cosas vuelven; la cizaña crece y toma sus formas aún más robustas, envolviendo a la vida que sigue creciendo.

Aprendo a volver a ti cuanto antes; ya no quiero quedarme solo, sino prefiero que me acompañes.
No bien me asaltan mis culpas, vuelvo a ti, y me escondo pensando en ti, Señor; así sigo mi vida, y me sereno.
Veo en el regreso a mis culpas, alguna razón que tú me la haces ver; y no la sé expresar.
¿Será así para toda mi vida?
¿Y si la llaga recuerda el dolor, mis culpas serían fuentes de la gracia?

Hasta veo que, por eso, mi vida está cercana a ti, Señor.
Las culpas, penas y tristezas atraen tu Presencia; fueron el motivo para que comenzase a buscarte.
Ya no vivo tanta desesperación, como antes; pero sí hay cierto dolor, hay vergüenza, tristeza; no obstante, viene la serenidad que madura poco a poco.
Si todavía me veo como esclavo del pasado, cierta paz me envuelve; está más allá de mis culpas.

La paz me hace llegar a los hermanos, mientras les llevo al Señor, para la vida que ellos enfrentan, la que les cuesta y los humilla; y si bien, el Señor es grande, el vaso que lo lleva es frágil; es lo que sorprende a mis hermanos y les hace bien; soy igual a ellos, y me aceptan, al poder ver mi debilidad, mi pobreza.
En medio de mi pobreza, el Señor es grande, como una flor que crece en medio de mis cizañas; y mis hermanos se asombran, se sonríen y llevan la flor a su casa.

Acompaño a mis hermanos en el camino del perdón.
Luego de lo que el Señor me hace ver, ya no tengo nada que perdonarles; y tan sólo deseo ayudarles, mientras les llevo a Jesús, y que ellos logren perdonarse, que les llegue la paz y que crezcan.

El Señor tiene muchas cosas ya proyectadas, después del verdadero perdón; pero necesitamos recorrer la vida para poder verlas; mientras tanto, Él aún sigue abriéndonos en su camino; sólo Él lo ve del todo.

Hoy, quiero acompañar a mis hermanos con el Señor que crece en mi corazón por medio del perdón que he vivido.

En cada perdón que llega al hermano, hay un crecimiento, mientras la vida vuelve a su cauce.

Las ofensas han caído en tierra débil, pero el Señor las está transformando en nuevas fuerzas.

Salimos al encuentro con los hermanos; y si les llevamos la paz y el perdón, que el Señor se las entregue.

¡Qué grande puede ser su Obra en medio de las vidas!

Pero, ¿aún cuánto tiempo tardo, para poder vivir su gracia como Él quiere que la viva?

Si logro perdonar por la gracia del Señor, setenta veces siete, es porque Él lleva el perdón en mí, a la altura que Él lo quiere en mi vida.

Cada perdón me hace vivir algo más del Señor, me acerca a mi hermano.

Por medio del perdón, Jesús me pone en su obra.

Él vino a multiplicar el perdón entre los hermanos.

5. AMEN A VUESTROS ENEMIGOS.

a. UN NUEVO MOVIMIENTO DE GRACIA

Cuando Jesús pronunció su Palabra, por algún instante, fue como conmover a toda la historia del mundo, e iniciar un nuevo movimiento; nadie habló con tanta fuerza como Él, cuando dijo: "amen a vuestros enemigos"; y lo escucharon los que estaban allí, hubo cierta sorpresa, pero la Palabra pareció cierta; se abría un nuevo horizonte en la vida del mundo.

Surge la comprensión en el Mensaje de Jesús; hay claridad por lo que Él quiere de sus seguidores; es la Palabra que despierta los presentimientos; y no es un hablar de alguien que no haya reflexionado, que tan sólo dice lo que le trae la mente; pues tras cada Palabra que pronuncia Jesús, hay un profundo sentido.

¿Por qué esa inquietud?; porque la Palabra está iluminada con la máxima Luz del Señor; y cuando se logra ese grado de vivencias, hay mucho respeto, pues la Palabra llama a lo nuevo.

¿Qué es lo que busca Jesús, en el tiempo de su Palabra?
Ciertamente, algo muy grande.

El pueblo se quedó mudo.

Vino a ver a Jesús, por su necesidad; creo que esperaba de Él, lo presentía; hubo cierta expectativa y cierta apertura. Son esos momentos en la vida, y son del Señor, cuando el pueblo se deja llevar por lo que le anuncian; está abierto para recibir, dispuesto para escuchar, en el tiempo previsto por el Señor.

El pueblo se pone en escucha; y el Señor le dice cosas que son grandes, mientras que el pueblo intenta alcanzarlo con su mente y su corazón, y no quiere perder nada.

Esta vez, sigue abriéndose ante lo que le dice Jesús; es por la Palabra que le parece demasiado grande; pues le llega la hora del Señor.

La palabra de Jesús sigue tomando su fuerza, y el pueblo se deja llevar por ella, en un clima muy extraño.

El pueblo sigue haciendo sus pasos; Jesús, con su Palabra de paz, sigue entrando cada vez más.

Los corazones lo escuchan; no es una voz extraña; y es tan propia a los deseos y los sueños.

Los corazones lo intuyen; por eso se dejan llevar.

Pero, ¿hacia dónde?; sólo el Señor lo sabe.

Ciertamente, Jesús los llevará muy lejos.

¿Cuántas cosas había dicho Jesús, antes de pronunciar esta Palabra sagrada?

Había que recorrer el camino con Él; de todos modos, ya desde el principio, Él tenía claro que debía decir: "amen a vuestros enemigos" y, quizás, repetirlo las veces que sea necesario.

Jesús pronuncia la Palabra, y el pueblo ya está dispuesto a sentirla; por eso, el acontecimiento toma un gran vuelo y no se detiene en un pequeño espacio, en esta tierra.

Así, la Palabra de Jesús fue sembrada en el pueblo y en los tiempos, como una Semilla.

Hay circunstancias en la vida cuando todo parece claro; y ese momento de Jesús, está previsto en los tiempos, pues Él, con su pueblo, proyecta un nuevo tiempo.

Los que lo escuchan lo ven; quizás, no saben de un largo camino, pero lo ven.

El pueblo lo vive como un milagro; y por mucho tiempo, no sólo lo va a recordar, sino que va a ver y sentir su gran crecimiento; de este modo, crecerá la Palabra de Jesús.

¿Y los discípulos?

Ellos recién comienzan; por ahora, ven un pueblo que vive el tiempo de la gracia.

Necesitan ver ese pueblo que recibe el anuncio de lo que viene; pero aún están lejos de lo que les espera.

Los discípulos recién inician con Jesús un largo camino de luchas; y van a intentar amar a todos, hasta los enemigos, al ver un pueblo que había escuchado la Palabra sagrada.

El pueblo no se olvida jamás de la Palabra de Jesús, y los discípulos la demuestran en sus vidas; entonces, empieza a nacer un nuevo tiempo en medio del pueblo del Señor.

b. JESÚS SIGUE HABLÁNDOME

Aún me suena tu Palabra, Jesús; se viene sola.

Veo que me hablas, lo tengo claro; me quedo pensando en lo que dices, y Tú vas moldeando mi corazón.

Tu Palabra me llegó hondamente.

No sé cómo lo lograste, porque mi corazón, a pesar de que te había dicho que sí, estaba en otra cosa.

Pero tu Palabra es más fuerte que la vida.

No sé decirte que no; no obstante, sigo pensando.

A dónde me llevarás; sigo meditando.

Tu Palabra me inquieta, me invita; no sé qué decirte.

Pero tú sabes esperar; a la vez, sé que no puedo escaparme de ti; y tu palabra me inspira.

Señor, prepara mi corazón para que pueda responderte.

No sé cómo ni sé cuándo; algún día debo responderte.

Tu Voz, Señor, está dentro de mí.

Mientras estás, te veo, te siento, no puedo apartarme más de tu Palabra.

Hay algo que me lleva por lo que me dices; ahora, queda

tu silencio y no me das explicaciones.
Sólo estoy con tu Voz que resuena como un trueno entre el
cielo y la tierra de mi vida.

¿Por qué veo la necesidad de amar a los enemigos?
¿Sólo porque me inspiraste o hay algo más?
¿No sería que mi corazón lo necesite?
¿No es que, al amar, mi vida se realiza?
Y si la vida se envolviese con odios y resentimientos, ¿qué
pasaría con ella?

Hay cierta urgencia en mí, surge de la profundidad.
Tú lo ves, Señor, me despiertas en lo más hondo de mí.
Conoces mi inquietud; al pensar en mí, me asusto.
Pero cuando te veo, Señor, viene la paz.

Mi vida está envuelta en tantas vivencias.
Mi corazón está escondido por detrás de ellas.
A la vez, hay un latido que quiere nacer y tú lo ves.
Y sabes que cuando llegue tu Amor, mi corazón no pondrá
obstáculos contra ninguna persona; así me ves tú, Señor.

Ya estás en mi corazón.
Llegas silenciosamente, vas despertando mi vida.
Aún no siento tu Presencia como debería vivenciarla.
Presiento un movimiento en mí, no obstante, no te veo.
Y si te creyese, Señor, no me desesperaría tanto.

Me dices que debo amar a cada persona, que no hay gustos
ni excepciones.
Los gustos vienen de los hombres, pero no de ti, Señor.
Me haces ver que mientras amo, puedo ser feliz en todas
las circunstancias de la vida.
Tu luz me penetra, como si quisieses dejar tu Corazón en
mi espíritu tan pobre; y sigues prendiendo mis deseos.

Ahora me queda caminar y soñar, soñar y caminar.
Quisiese decir que te amo, Señor.

Así comienzo a caminar con cierta esperanza.
Estoy en un sendero que me trazas.
No sé a dónde me llevas, pero presiento lo grande y que tú mismo me preparas.
No sé si mi corazón lo puede abarcar; pero como todo es tu gracia, lo superarías.
¿Me darías un corazón nuevo, cuándo?
Por el momento, me quedo sólo con el deseo.
Te espero, Señor.

c. ME LOS PUSO EN EL CAMINO

Aún, el Señor pone a los enemigos en mi camino.
Mis pasos quedan protegidos por Él, mientras encuentro a los hermanos que caminan a la par de mi vida.
Y sólo me dice que los ame.
¿Qué es lo que quieres, Señor?
¿Adónde quieres llevarme?

Tantas veces, yo iba huyendo de la gente; de aquellos que no me comprendían y me juzgaban, o hablaban sin buscar el bien. Yo trataba de verlos lejos de mí; luego, aparecían otras caras que eran parecidas, como si volvieresen a renacer aquellas, las de antes; entonces, me quedaba enfrentarlas o seguir huyendo.

Las nuevas caras son iguales, aún más molestas, y Tú me dices que no debo huir, que debo asumir mi realidad sólo amando a todos; y sabes que tengo miedo y que me cuesta.

Si seguía huyendo, aún hallaba otras situaciones difíciles, las que en fin debí enfrentar. No puedo seguir huyendo de la gente que no me quiere ni me comprende, la que sólo me juzga. Debo enfrentarlos en paz, a pesar de mi miedo,

de mis culpas y penas que me perturban y me confunden.
Tengo miedo; pero, ¿es nuevo o lo llevo en mí?
Parece un miedo crecido; y no es sólo por la realidad que
debo enfrentar; es la enfermedad que penetra mis huesos.

¿Quiénes son mis enemigos?

Quizás, las personas que, con sólo pensar en ellas, ya me
perturban; no están lejos; pero si estuviesen lejos, las veo
caminar a mi lado.

Me veo agobiado de sus presencias compenetradas con mi
vida; mis enemigos me despiertan en pleno sueño de paz;
no hay paz en mi corazón, y con sólo recordarlos, cambia
mi rostro, se hace gris oscuro.

Estoy rodeado de mis enemigos, y me molestan por todos
lados, no puedo esconderme; si quisiese ir al otro lado del
mundo, ellos me siguen; entonces, ¿adónde iré?

Hoy sólo me calma tu Presencia Señor.

Todo está en mí y viene cuando quiere.

Si me dedico a mis iniciativas, lo de antes se integra.

No soy libre ni dispongo como quisiera.

Las sombras me persiguen por donde caminase.

Muchas veces, quise liberarme y soñé en una vida distinta,
sin embargo, mi interior está lleno de las sombras que se
proyectan en todo lo que hiciese.

Me dices que debo amar a los enemigos y hacerles el bien;
que es el camino para llegar a vencerlos.

Este mundo reconoce a los vencedores según los proyectos
del mundo; pero tú tienes otro modo.

Si tus seguidores no te comprenden, deben confiar en ti.

Es la confianza que supera el pensamiento y el corazón;
pero quien no la tiene, no logra amar a los enemigos.

La propuesta de Jesús que ame a mis enemigos, me lleva a

muchas cosas: pues, si de veras los amo, debo respetar aún los daños y sufrimientos, porque no puedo separar el árbol de los frutos. Mis enemigos ya están en los frutos que son abundantes y me pudren en mi interior; hay resentimientos y rencores, miedos y culpas.

Entonces, debo amar lo que hasta ahora no lo he amado; al contrario, lo rechazaba para dejarlo más lejos de mi vida.

¿Por qué amar todo?

Es recorrer con Jesús mi realidad para poder superar mi vida, y crecer como el Señor quiere que crezcamos.

Se abre el horizonte del amor en mí; se abren los espacios; el Señor quiere que los envuelva con el amor, así como lo puedo y como lo presiento.

No es un amor perfecto; estoy muy débil, Señor.

Quiero confiar en tu Palabra que, al amar a mis enemigos y aún mi debilidad, puedo transitar por tu camino; y si por ahora, no lo comprendo, dame tu tiempo, Señor.

Me detengo, Señor, para ver lo que vas despertando en mi corazón; me vas abriendo hacia el amor, indicas el camino por donde debo transitar.

Aún, no lo comprendo, no lo he transitado; no obstante, en la profundidad de mi corazón nace el deseo de seguirte.

Me parece que, en medio del amor, puedo hallar mi vida; y cuando lo medito, aún me da miedo, pues no entiendo que, al amar a mis enemigos, aún con la maldad que llevan por dentro y por fuera, puedo lograr lo que tú propones.

Y como Tú lo dices, abandono mi razonamiento; mientras tanto, estoy con mi confusión.

No me abandones, Señor, en la hora crucial de mi vida.

Sólo te pido que no me abandones; el paso que debo hacer significa un gran cambio, me parece.

Perdóname, Señor, quizás estoy pensando como un niño;

si te pido que no me abandones, presiento que debo amar.
El amor transforma a la realidad como la savia; da la vida a las realidades muertas; hay muertes alrededor de mí, hay muertes en mi interior; deseo abrazar a toda mi vida y a todos, con el amor; aún lo vivo como una gracia tuya.
Te pido que no me abandones, mientras tiemblan mis pies, en el camino de los cambios que tú proyectas en mí; aún sé que no abandonas jamás, pero el hombre razona a su modo y suele perderte.

Empecé a buscar al Señor por todas partes de mi vida, y a orar por todos, también por mis enemigos. Con el tiempo, me iba dando cuenta de los enemigos que estaban, pero lo más difícil estaba dentro de mí.

La oración me iba familiarizando con las personas y cosas, y no sentía esa inquietud de enfrentarlos. Porque tu modo, Señor, es asumirlos con el amor; aún tuve muchas ganas de experimentarlo; y no sé de dónde venía la urgencia.

Cuando comencé a amarlos, parecían distintos; empecé a hablarles, y eran otras personas; así fue con todo y todos los que están en mi vida.

El Señor iba cambiando el mundo y a la gente, porque iba cambiando mi corazón; el mismo Señor lo hacía.

6. ÁMENSE UNOS A OTROS

a. ÉL AMABA

¿Cómo es Jesús?

Me hago la pregunta y sigo preguntando sin cesar.

Más bien su presencia es Vida, pues Él transforma mi vida y mi amor en su Vida.

¿Hasta dónde me llevas Señor, en el camino que Jesús me traza desde hace tiempo?

Te encontré en el camino; más bien, saliste hacia mí.

Te necesitaba y tú apareciste; como si supieses que debías estar en aquel momento.

Me miraste, no como me mira el mundo.

No me juzgaste ni preguntaste por las cosas.

Sólo me miraste y yo tenía miedo de ti.

¿Por qué tuve miedo?; pues, te sentí con tanto amor.

Y mi vida fría empezó a derretirse ante el calor que venía de ti, Jesús.

Tu mirada llegaba a mi corazón.

Te fijaste en mis ojos, yo también te miraba.

Mientras se cruzaban las miradas, mi pobre corazón quería enfrentar la grandeza de tu Amor.

¡Cuánto pensamiento puro leía en tus ojos puros!

¡Cuánta luz y cuánto amor manaban desde ti, Señor!

Me sentí muy pequeño; quise esconderme.

Pero, ¿adónde podía ir?

Ya no debía escaparme; y tú necesitabas de ese tiempo, para que tu Amor llegase a mi corazón, aún tan frío.

Algún día, prenderá el Amor tuyo, pero ¿cuándo?

El tiempo pasa y las vivencias permanecen.

Tú, Señor, sabes por qué pasan esas cosas.

Pasa mucho tiempo; y voy guardando lo que habías dejado

en mi corazón; fue algo muy grande, yo ni siquiera te pedí.
Creo que lo haces siempre, cuando sales a los encuentros.
Tu Corazón mana el Amor; eres el Sol que mana.
Por eso, aún los que no te reconocen, te reciben.
Llegas a mi corazón después de mucho tiempo.
Hay tanta luz clara que impartes a cada instante; y recién
hoy te veo, Jesús.

Guardo en mi corazón tu Fuego.
Está en tu lugar, Señor, en tu santuario.
Antes, mi vida fue como una casa abandonada.
No había vida ni calor; ahora, recupera luz.
Se abren las ventanas, entra tu aire fresco.
Por donde camino, estás, tu presencia me inunda.
Siento tu amor; recién hoy lo veo.
¿Qué pasaba con mi vida, y qué fue lo que impedía?
Aún no sé contestarlo; no obstante, mientras hay fiesta, las
preguntas no tienen mucha importancia.
Supongo que no voy a intentar a que me ayudes aclarar; y
me conformo con que estés en mi vida.
Parece que aún no quieres hablar del pasado.

Tu amor derrite los hielos, despierta la vida.
Hay tristezas, miedos, dolor y preocupaciones que brotan.
Tu Fuego toca mi vida, mientras la vas transformando.
¿Adónde me llevas, Señor?
Me dejo llevar contigo; condúceme por donde quieras.
Tú eres todo para mí.

b. SU AMOR SE EXPANDE

El Gran Amor de Jesús tan propio de su Vida, se expande
en el mundo.
Él es la Fuente que se nos brinda; no pone condiciones ni
se encierra frente a aquellos que no quieren aceptarlo.

Así es con el Amor que sólo se da; quien no lo ve, aún debe esperar hasta que lo descubra.

Si el amor condiciona, no es sano en su expresión. Es cierto que estamos en el mundo donde nos expresamos según nuestras posibilidades; vivimos en un mundo con un amor limitado, enfermo, confundido con las vivencias que nos impiden ver. Por eso, al recibir un verdadero amor, no creemos que sea posible; tampoco sabemos confiar en el Amor que viene del Señor, encarnado en Jesús; y como no creemos que ese amor nos llegue, no lo esperamos.

Nos lleva mucho tiempo para poder vivir el amor. Pero es el mismo Jesús que vence nuestro corazón. Con el tiempo, Él nos permite ver todos los obstáculos, y mientras transforma el corazón, va llegando a la realidad que es compleja. Su Gran Amor enfrenta nuestra vida con nuestro pequeño amor, hasta que recuperemos la fuerza interior, en medio de la Gracia; es el camino de la vida según el Evangelio.

El Amor que viene del Padre, nos llega por medio de los seres que nos aman y ellos, a la vez, buscan el Amor de Jesús. Quien no lo ve, es porque no reconoce cómo Jesús había llegado a su vida, o aún está lejos de esa vivencia que debería caracterizar a un cristiano.

El Amor derramado en nosotros, se abre a los hermanos; si aún no somos puros plenamente, la esencia del Amor llega igual, porque el Señor obra en esas circunstancias de la vida.

¿Cómo amaba Jesús?; ¿quién lo sabría decir?

Parece que aún podemos soñarlo, pues cierta inspiración nos viene del mismo Señor.

En Jesús, se une el cielo con la tierra; el Amor del Padre

llega a su plenitud en el mundo creado por Él; y el Amor del Hijo llega a ser pleno, para poder alimentar a los hijos dispersos en el mundo del Señor.

Su Amor se entrega; y si espera, no se condiciona jamás; pues si lo hiciese, se quedaría sin la primera pureza.

Ese Amor se depura, en la medida en que vaya creciendo, al abrir su camino en medio de la Gracia.

Jesús ama, porque ama; es un modo de abrirse con la plena libertad interior; y sólo el Señor lo expresa en su plenitud.

El hombre aún sigue buscando; y hasta que no se permita envolver con el Amor de Jesús, no llega a la felicidad que consiste en la entrega.

Las realidades que nos condicionan, son como nubes frías, espesas, que nos hacen sufrir sin paz.

Hemos aprendido ver el Amor como un Gran Río, que se brinda a los que vienen a beber Agua.

Aquellos que lo reciben, responderán según sus vivencias; y si esperásemos más de ellos, podríamos resentirnos.

Jesús no se desespera por las respuestas, porque cada uno da lo que puede dar.

Quien viviese apurado por recibirlas, sólo sufriría, pues las mismas llegan cuando el corazón crece para poder darlas; y por hoy se expresa de este modo, o ni siquiera lo hace.

Las dependencias aún tienen que ver con la necesidad de vernos amados; se cortan cuando nos encontramos con el verdadero amor, y sabemos asumirlo; pues si Jesús aquieta el corazón, la vida resurge, y luego de transitar por los caminos perdidos, logra la paz.

El Amor no sólo nos sana, sino que vence la esclavitud.

Pues Jesús llega a nuestras urgencias, si aún creemos que puede hacernos resurgir en la fuente de nuestras vidas.

Es bueno ver el sufrimiento que nos causa el amor, y aún descubrir la debilidad, la parte humana muy compenetrada con el amor; es la que Jesús va ir sanando.

Si es que debemos asumir nuestra realidad, la perspectiva de los cambios nos hace sentirnos mejor.

Hay que pasar por el dolor, para poder comprender la vida y aceptar el Amor de Jesús, ya sin ponerle obstáculos.

El Amor del Señor siempre va a sembrar los cambios.

Los que lo reciben, algún día responden al Señor.

Mientras tanto, llevan la guerra hasta que Jesús transforme sus vidas.

Mientras el corazón no ama de veras, nos quedamos con poca eficiencia ante las necesidades del mundo, donde el Señor nos pone.

El largo camino que hemos hecho con Jesús para aprender a amar, nos abre las perspectivas para ver cómo Él obra en la vida de los hermanos.

c. COMO YO HE AMADO

Al compartir su vida con los discípulos, Jesús les deja este testamento: "ámense unos a otros como yo os he amado".

Antes, no sé si ellos tenían muy claro el amor de Jesús, si estaban convencidos de su Amor hacia ellos; pues miraban según sus vivencias; y si dudaban de muchas cosas, aún crecían en medio de las dudas.

Ahora, escuchan su Palabra en ese clima especial; quien no la comprende hoy, no la comprenderá nunca.

Al llamado de Jesús se lo ve como una mirada con amor y por eso, hay respuestas, algo que atrae y llama.

El amor que llega, despierta ciertas inquietudes; entonces, el corazón responde, a veces, sin saber por qué.

Pues Jesús mira con amor, y despierta; de ese modo, halla

a sus seguidores para iniciar el camino, y los compromete mientras surge el amor.

El pueblo que conoció a Jesús, lo escuchaba con atención; y fue por la paz y la ternura que iban penetrando sus vidas, frecuentemente confundidas y tristes.

El Amor los atraía como un fuerte imán; y los llevaba a los encuentros, mientras Él estaba esperando.

¿Cuánto tiempo necesita Jesús, para asumir con su ternura, las vidas pobres e infelices?; ¿y cuánta vida contiene su amor para poder penetrar la debilidad y las confusiones?

¿Quién lo sabe?; no obstante, los cambios empiezan por los pequeños encuentros con Jesús, mientras su paz y su ternura permiten la apertura y llenan el corazón.

La actitud de Jesús se vale por el amor; es espontánea y natural, mientras el amor despierta.

La mirada de Jesús está llena de ternura; quien no lo ve, es porque no sabe ver.

Por eso, las respuestas se corresponden; y delante de Él, se responde sólo de este modo.

Los discípulos lo veían, poco a poco se contagiaban.

No sé qué fue lo que más tocaba sus corazones: ¿el amor o la enseñanza de Jesús?; pero la enseñanza estaba plena de un verdadero amor.

Los discípulos iban descubriendo toda la enseñanza, en la medida en que el Amor iba abriendo sus corazones.

De otra manera, no hubiesen podido aprenderla; pues la misma se hace comprensible en el clima del amor.

Con eso, no se puede decir que el camino fuese sencillo; es que ellos necesitaban esperar y crecer, mientras Jesús prevenía ese crecimiento en el clima de amor.

Él fue el manantial; lo iban descubriendo poco a poco.

Con el tiempo crecían, pues crecía el amor en ellos.

No todos crecieron igual, ni todos llegaron a descubrir el amor ni asumirlo en sus propias vidas.

Son las tragedias humanas que ocurren; por eso, sus vidas llegan donde no queremos que lleguen; no obstante, llegan y Jesús lo debe aceptar.

Las vidas son libres, por eso pueden encerrarse; y frente al amor más grande, pueden encerrarse aún más.

¿Quién descifra el misterio del hombre?

Hay quienes llegan muy lejos; otros se van, sembrando las desgracias; y parece que Judas hubiese sido más feliz sin haber encontrado a Jesús; pero lo encontró y supo darle esa respuesta.

Luego de recorrer todo el camino, Jesús llega a decir a sus discípulos que se amen como Él los ha amado.

Quizás, recién ahora se dan cuenta de su verdadero Amor.

No sé si saben amarse con su Amor, pero está sembrada la Semilla; mientras el gran deseo de amar los conmueve, el camino está trazado y sólo les queda esperar.

Creo Jesús les hace ver que no pueden iniciar la misión, hasta que no se amen como Él los ha amado, porque en el Amor está la autenticidad del Evangelio.

Sólo quien lo vive como Él, puede transmitirlo al mundo; pero sin el Amor, lo distorsionaría; y esto es muy serio.

La fuerza del Evangelio está en el Amor.

El mismo Amor lleva el Evangelio a los hermanos.

Quien sueña en poder amar como Jesús, algún día lo logra.

Entonces, ve con qué fuerza puede transmitir el Evangelio y cómo responden los que desean hacerlo.

Y si el Amor está en un crecimiento, va abriendo aún más, nuevas perspectivas para el Evangelio de Jesús.

Quien ha entrado en el camino, va a seguir hasta donde el Señor lo lleve y va a cumplir con su obra.

Te doy gracias, Señor, porque vas abriendo mi corazón.
Aún lo vas transformando, vences muchas cosas tristes.
Te veo, Señor, en mi vida, te bendigo y te agradezco.
¿Por dónde me llevas con el Amor que infundes en mí?
No lo sé; creo que me pones frente a mis hermanos.
Ellos podrán descubrir la Fuente de tu Amor, por medio de
mi vida que es tuya.
¿Y qué más puedo esperar?

7. NO HAY AMOR MÁS GRANDE QUE DAR LA VIDA.

Me inquieta el Amor de Jesús, es muy misterioso.

Es incomparable, pues encierra lo divino.

Aún, mientras lo contemplamos en medio del mundo, es como si Jesús creciese permanentemente.

No quisiese quitar nada a ese Amor sagrado; no obstante, recorro el camino para seguir a Jesús, y busco su Amor en medio de mis limitaciones y mi pobreza.

¿Es posible que resurja un gran amor?

En mi vida, en algún sentido, también se unen lo humano y lo divino; quizás, en un camino casi al revés, se fusionan lo humano y lo divino en el Amor, y Jesús está en ese movimiento de mi corazón.

¿Cómo crecía Jesús en su mundo de Amor, cuando María le componía los cantos, y su corazón lo envolvía con su ternura?; ¿cómo vivía en la familia, donde la sencillez y el amor caminaban juntos?

Frente al clima de hogar, con los seres que lo aman, Él no podía estar insensible; más bien, el amor de su casa entra en su corazón, se mezcla con lo divino, puro; lo que vivía en su interior, se unía al misterio del Señor presente en la vida del mundo, con su presencia de Amor.

Y cuando le acompañan al Templo, a los doce años de su vida, ellos, con una ternura sencilla y sana, frente a su hijo joven y Él, en medio del Proyecto del Señor, sueña con su Padre; ¿desde cuándo iba soñando con Él?

¿Qué hacer frente a esa realidad?; están los padres que aman a su hijo, mientras el Padre de los Cielos envía a su Hijo predilecto; y las dos vivencias se unen en su Corazón abierto para el amor.

¿Acaso no le hacen sufrir esas vivencias?; pregunto yo, un

atrevido, pero con el respeto de siempre por Jesús, a quien amo entrañablemente.

Una vez, en la hora de la enseñanza que provocaba ciertas reacciones, llegan su madre y su familia.

¿Por qué vienen?; quizás, para ayudarle, pues la gente no siempre lo trataba bien.

Entonces, le dicen quién le espera, y Él contesta a los que le traen la noticia; les hace ver que sus discípulos ocupan el lugar de su familia.

¿Qué pasa en los corazones que vibran de veras?

¿En el de la madre y en el del hijo que sabe amar a Ella?

¿Qué sienten los dos en aquel momento de la Misión?

Y Él, sensible, ¿no sufriría como los hombres que sufren?

En medio de la lucha interior están los valores del Señor; a la vez, el crecimiento en el Amor que el Padre siembra en los corazones, que se manifiesta frente a los hermanos.

Y Jesús puede hablar del desprendimiento de los padres y de la familia, para amar más aún: porque sus discípulos deben llegar a amarlo como por encima de las vidas, en medio de la misión del Amor en el mundo.

Quisiese entrar en el Corazón de Jesús, mientras está con aquellos que lo enfrentan y odian, aún llenos de maldad, de perversidad, con sentimientos muy bajos.

Me pregunto, ¿hasta qué punto, esos sentimientos fríos lo hieren y perturban? Y me parece lógico que lleguen muy hondo; pues todo debe pasar por su Corazón para salvar a los hombres.

¿No sería que su Corazón viva el enfrentamiento entre lo divino, que viene del Padre, y la realidad del mundo?

¿No sería necesario que todo pase por su Corazón, y que Él sufra con los hombres, a veces, sin poder ayudarles?

Y como ellos no lo aceptan, Él sufre aún más.

Cuando habla con la samaritana y otras mujeres llenas de confusiones, de sentimientos perdidos, ellas podrían ver, si es que quieren ver, que hay alguien que las comprende y respeta, misteriosamente silencioso frente a las vidas.

Y Él, mientras penetra los corazones, se lleva el dolor, la confusión y sentimientos rotos.

¿Cómo participa de las confusiones para poder salvar a las vidas?; ¿hasta qué modo, en su Corazón, se unen lo divino y lo humano, ya asumido, de aquellos que lo necesitan?

Pues su interior está abierto para recibir todo el dolor del hombre; Él sufre y llora, comparte y salva.

¿Cómo comparte el dolor y la confusión!

Pues, si no los compartiese, no podría vivir la fiesta de la salvación; y Él está en el camino del hombre que vive los cambios y transformaciones; asume el dolor, la confusión, el miedo y la inseguridad; todo pasa por su Corazón divino hundiéndose, transformándose.

La gente es como siempre, viene, luego se va; unos tratan de comprenderlo, otros sólo saben ser crueles.

¿Quién está agradecido por lo que había hecho por ellos?

Y Él no busca agradecimientos, pero está el corazón; y es humano en medio de lo divino; entonces, todo le duele y puede desesperar en algún momento.

Es la realidad que debe vencer, para que su Mensaje sea puro, libre de los resentimientos; de este modo, tendrá su fuerza para llegar a toda la historia del mundo.

El Gran Mensaje lleva tanta fuerza cuanto pureza de los sentimientos contiene en sí mismo. Y para que sea grande, debe crecer en medio de los sentimientos del mundo, en medio de la perversidad y la maldad. De este modo, toma el vuelo que necesita; al lograrlo alto, puede sostenerse en los tiempos de la humanidad y aún, elevarse más.

Hacía tiempo que pensaba en su muerte, la mencionaba.

La realidad se presentaba sola, y la lógica indicaba esa muerte; y era Él que sólo amaba, no hacía mal a nadie, que si podía ayudar, ayudaba en medio de la felicidad que brotaba de su interior. A este Jesús lo crucifican como un pago por la Vida y el Mensaje que transmite.

¡Cuánto dolor, cuánta lucha debe vivir Él, mientras sigue llevando en su Corazón el Mensaje de Paz y Amor!

Hay una lógica, pero, a la vez, está su Corazón por donde pasa todo, para que Él pueda entregar su Vida.

El tiempo le ayuda para que sus miedos y penas lleguen al extremo; en Getsemaní suda con sangre, y ora; luego viene el ángel y Jesús sale fortalecido.

¡Cuánta gracia del Señor en la vida del mundo!

¡Cuánto sufrimiento, antes de iniciar el camino de la Cruz!

A Judas le dice: amigo.

¿Quién lo comprende, luego de los hechos?

Jesús lo había llamado, promovido por su Corazón.

Pero ahora, Judas le toma a mal el llamado, como si fuese un tiempo perdido; y si hay alguien culpable de ese fracaso, según él, podría ser el mismo Jesús.

Las cosas pasan desde hace tiempo; por eso, el dolor que lleva Jesús, quizás, lo iba preparando para el momento de decir: amigo; no es la hora para una palabra que no la sintiese; para Él, Judas es su amigo y lo ama igual.

¿Quién lo comprende?; no obstante, no es sólo la cuestión de comprender, sino que, por la gracia del Señor, hay que llegar a amar a Judas, así como Jesús lo vive.

Lo abandonan los discípulos, porque no saben enfrentar las circunstancias de la vida; ¿y sabrán lo que Él hace por ellos, lo ven, si para muchos Jesús es un fracasado?

Hay que vivir ese tiempo para sentir y llorar.

Mientras ellos están lejos, Él sigue su camino solitario de la Cruz, llevando el dolor y la confusión de muchos, el

odio, la perversidad y todo lo que el mundo había puesto sobre sus hombros.

Hay que caminar lentamente, porque no dan las fuerzas; y todo pasa por su Corazón en esa hora del Señor.

Cuando llegue al destino y los demás hagan lo que deben hacer, Él pedirá perdón; este perdón nacerá en un Corazón que ama, a pesar de que pase por el dolor y el desprecio.

¿Quién comprende a Jesús?

Pues, el amor está más allá de la comprensión; y cuando la gracia nos llegue, quizás sabremos responder del mismo modo, si creemos en la Obra del Señor en nosotros.

Aún quisiese detenerme frente a Jesús crucificado con su Corazón abierto hacia el mundo; me queda contemplar su Amor no comprendido, fiel, entregado hasta la muerte; ese Amor podría penetrar mi corazón, si es que me dejo llevar por Jesús.

Entonces, ¿adónde me llevaría Él?; no lo sé, seguramente lejos; como Él iba asumiendo lo humano para hundirlo en su Corazón, ahora desea entrar en mi vida, llenándome del Amor divino; y Él me espera para que le diga sí, si quiero.

Mi vida debe llegar a la entrega, sin poner condiciones ni esperar; y hasta que no lo logre no se realiza.

Pero tú, Señor, vas abriéndola desde las pequeñas entregas de cada día; y me vas preparando para que la entregue a ti, por mis hermanos.

No hay entrega si no hay amor que la promueva.

Entonces, te pido que me des un corazón nuevo para poder seguir entregándote mi vida, que es tuya, Señor.

PREFACIO	3
1. PAZ Y AMOR	5
a. es una Misión	5
b. me inundaste, Señor	6
2. PAZ A LOS HOMBRES	9
a. llegó a Belén	9
b. están bajando los mensajeros	11
c. a cada pueblo, a cada corazón	12
3. EN MEDIO DE LA TORMENTA	15
a. la barca de los discípulos	15
b. que no tengan miedo ni tristeza	17
c. a vivir el perdón plenamente	18
4. PERDONEN SETENTA VECES SIETE	21
a. a perdonar de corazón	21
b. a vencer las culpas	23
5. AMEN A VUESTROS ENEMIGOS	27
a. un nuevo movimiento de gracia	27
b. Jesús sigue hablándome	29
c. me los puso en el camino	31
6. ÁMENSE UNOS A OTROS	35
a. Él amaba	35
b. su amor se expande	36
c. como Yo he amado	39
7. NO HAY AMOR MÁS GRANDE QUE DAR LA VIDA	43